

## Ojos

Le pareció que estaban perdidos en la ruta, pero la mirada del conductor la tranquilizó. Sin embargo, aquel jueves, la combi fue tragada por la oscuridad y el misterio.

La luz indicadora del nivel de combustible había comenzado a titilar pausadamente. Después fue toda insistencia hasta que el motor dijo basta.

Ella estaba despierta, el fotógrafo roncaba como una máquina de moler maíz y Osvaldo, el chofer, que había aprendido a manejar hacía casi cincuenta años, acababa de quedarse sin gasoil en pleno viaje. Parecía una broma de mal gusto pero era cierto.

—Me estás jodiendo —le reprochó ella a la vera del camino después de patear el paragolpes delantero—. Y yo que tengo invitados a cenar en casa, ¡¡justo en una hora!!

Osvaldo caminó despacio hasta la parte trasera del vehículo y volvió cargando un bidón de cinco litros, llenito.

—Algo es algo... —murmuró entre tanta culpa.

Costó pero arrancó. Ya otra vez en la ruta, Osvaldo puso toda la atención posible en algún cartel que anunciara la proximidad de una estación de servicios.

—Mis amigas deben estar llegando con el postre y el vino y yo... ¡acá!... —resopló ella, y lo hizo con tanta vehemencia que despertó al acompañante—... Vamos, vamos... ¡Arriba!, que a nuestro queridísimo Osvaldo —lo dijo señalándolo con los índices furiosos—, se le olvidó llenar el tanque antes de salir y en cualquier momento nos quedaremos tirados otra vez.

Osvaldo hablaba poco y nada, así que fiel a esa conducta no dijo que había visto, poco antes, una leyenda escrita con blanco refractario sobre una ladera: “Nafta a 3 KM”.

Discretamente, hundió la tecla STOP y se detuvo frente a un rancho que, según los cálculos, debía ser la promocionada bomba de nafta.

Ella lo miró bajarse, cerrar la puerta e irse. La luz alta encendida delataba que las manos huesudas del chofer buscaban algo en el bolsillo trasero del pantalón, algo que al final no encontraron.

—¿Y encima venís a pedirme plata? ¿Qué hiciste con los viáticos, Osvaldo? Decime algo, por el amor de Dios... Hola, chicas... Gracias por venir, pasen, pasen...-, rugió ella irónica y fuera de control, desconocida. Era apenas un espectro en la inmensidad del campo. Todos sabían que se le pasaría pronto, como siempre- lo único que te pido es que me traigas un comprobante de pago.

Silencio. Ni una estrella. Ni una brisa. Nada. Hasta que un zorro colorado camino al escondite quebró el haz de luz del vehículo.

El fotógrafo salió de la combi para estirar las piernas. La brasa del cigarrillo recién encendido avisaba que caminaba cerca de allí, en círculos. Iba callado. Con frío.

Osvaldo reapareció con la nafta y sin nada que justificara el gasto de \$300. Pero ella nunca se enteraría.

—¿Esos veinte litros alcanzarán para llegar?

— La viejita que me los vendió me dijo que esta nafta es tan rendidora que podríamos llegar a Marte si quisiéramos.

— Yo quiero llegar a mi casa. Ya son las dos de la mañana y las chicas deben haberse comido hasta la caja de la torta helada.

Más tarde, a lo lejos, el destello de una baliza preanunció un control caminero. Era una estación de peaje. El chofer apagó la radio y detuvo el motor.

—¿Adónde se dirigen? —inquirió un hombre tapado hasta las orejas, de pie junto a la ventanilla y una carpeta debajo del brazo—.

—Al diario —contestó Osvaldo.

—Vamos a Mendoza —precisó ella, mirándose en el espejo.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre—.

—¿Qué? ¿No conoce Mendoza? ¿Me está jodiendo? Men-do-za. Acá cerca. Es una provincia ubicada del otro lado del límite. Hacia el este —ironizó.

—Disculpe, señorita... ¿Se siente bien?

—Perfectamente —dijo ella—. De no ser por el hambre y las ganas de llegar a casa... ¿A cuántos kilómetros estamos de Mendoza?

—No sé de qué habla —respondió el hombre—. Aquí, nadie tiene ese nombre tan extraño. Estamos en el planeta rojo —dijo el hombre mientras se quitaba la capucha y los miraba fijo con tres ojos saltones y amarillos con pintitas verdes—.

—Esto es Marte —¿les suena?

JLV-2016